

Cinco muertes para una breve crítica de la razón artesanal. Presentación a "Cinco relatos sobre la muerte de Guido Boggiani"

Nicolas Richard

▶ **To cite this version:**

Nicolas Richard. Cinco muertes para una breve crítica de la razón artesanal. Presentación a "Cinco relatos sobre la muerte de Guido Boggiani". La derrota del área cultural. Anales de desclasificación comparada, Vol I-2, Santiago de Chile : Laboratorio de desclasificación comparada, pp. 810-831, 2006. halshs-00948252

HAL Id: halshs-00948252
https://shs.hal.science/halshs-00948252

Submitted on 23 May 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Cinco muertes para una breve crítica de la razón artesanal.

Nicolas Richard

> *"E la notte, quando tutti sono immersi nel sonno, nella tranquilità e nel silenzio della selva misteriosa, all'incerta luce dei fuochi che illanguidiscono, ad una tratto una voce tremolante sorge; e, mentre gli altri dormono si ode un canto strano che finisce alternativamente in un singulto, interrotto a brevi intervalli da un pianto dirò così accademico, manierato, stranissimo. Il nome del morto è intercalato continuamente nella lamentazione. E'il superstite che veglia e rammenta, evocandone lo spirito, tutte le buone qualitá e i meriti del traspassato. E'commovente; e nulla conosco di più grandiosamente semplice e poetico"*
>
> Guido Boggiani,
> Descripción de un canto fúnebre chamacoco[1].

- I -

Hace ya un mes que José Fernández Cancio avanza tras los difíciles pasos de Guido Boggiani sin encontrar más rastros de él que un árbol herido de bala y huellas de jinete adentrándose al oeste. Sigue -intenta seguir- los senderos indígenas que se filtran hacia el interior del Chaco. Le faltan el agua y la caza. Tres de sus guías le han abandonado. Sabe que no está solo y que desde hace kilómetros otros ojos lo siguen en la espesura del monte, calcándole el sueño y los días. Todos en la región anticipan su presencia. Espías y rastreadores siguen sus pisadas. Días atrás, el 23 de septiembre de 1902, logró sorprender una aldea de *chamacocos bravos*. Un perro traicionó la presencia de los vigías. Éstos «se fugaron gritando hacia el campamento. Los habitantes gritaban, las mujeres trataban de huir llevando consigo a los niños más pequeños; los hombres, sorprendidos y aterrados, no sabían qué hacer»[2]. Fernández Cancio no consiguió noticias de Boggiani. Mas al alejarse pudo ver, tras de sí, aquel campamento arder durante horas haciéndose faro de humo en los cielos del Chaco. Supo entonces que en adelante no encontraría más que aldeas eriazas y fogones extintos.

Hacia fines de septiembre, se instala en una laguna. Algunos de sus perseguidores se dejan ver. Les ofrece tabaco y azúcar. Cancio recibe la primera noticia sobre el probable destino de Guido Boggiani. Tiempo atrás, según le dicen, dos extranjeros que acampaban cerca de una laguna han sido rodeados y asesinados por un grupo de indios barbudos. Hace ya casi un año que se está sin noticias del explorador italiano y de su peón, el Gavilán. En su última carta, Boggiani dice que abandonará Los Médanos, sobre el río Paraguay, para internarse hacia el oeste hasta las márgenes occidentales del Chaco o hasta Bolivia. De Los Médanos, once

---

[1] Boggiani, cit. in Surdich, F., "Come viaggiava Guido Boggiani", en *Guido Boggiani, la vita, i viaggi, le opere*, M. Leigheb and L. Cerutti, Novara, Banca Popolare di Novara**,** 1985, pp. 63-97.

[2] Trabajamos en adelante sobre la transcripción en italiano que ha hecho Mauricio Leigheb del informe *Cancio*. La versión original del informe está en *Alla ricerca di Guido Boggiani. Spedizione Cancio nel Ciaco Boreale (Alto Paraguay). Relazione e Documenti*, Milano, 1903, A. Bontempelli. La transcripción en Leigheb, M. "L'ultimo viaggio e la morte. Ipotesi e testimonianze", en *La vita, i viaggi, le opere. Guido Boggiani, pittore, esploratore, etnografo*, M. Leigheb and L. Cerutti, Milan, Regione Piemonte**,** 1986, pp. 141-162.

meses más tarde, han salido Cancio y sus hombres para perseguirle el rumbo. El intérprete chamacoco de Cancio, Felipe Pepe (Cancio, notemos, se llama *Pepe*), confirma o confiesa que también a él, tiempo atrás, una mujer le ha declarado que dos extranjeros se dejaron asesinar por un grupo de indios barbudos. Felipe Pepe declara haber pagado esa información con un pañuelo. Cancio, que conoce su oficio, no ha querido hasta entonces revelar el real motivo de su presencia. Dice estar buscando un camino hacia Bolivia. Pregunta por el origen de las huellas de caballo que cruza de tanto en tanto. Por curiosidad, según señala, quiere saber quién ha sido el que ha pasado por ahí antes que él. Pero se ha guardado de pronunciar el nombre de Guido Boggiani. En esas comarcas no se declara nunca lo que se busca. Sabe que si nombrara al italiano lo perdería por siempre. Sabe, también, que debe desconfiar de las noticias que recibe. Quizás, porque le parecen ser un perverso juego de espejos. Quizás, porque su intérprete homónimo traduce la imagen invertida de su propio deseo. Quizás, en fin, porque debe rendirse a una evidencia simple y pavorosa: así cansara durante semanas el monte, no encontraría en toda la región más que un sólo hombre barbudo, y ese hombre es él.

Cancio logra convencer a uno de sus interlocutores para que lo lleve al campamento de Oroe, que es, según nos dice, el cacique principal de esa región. Es un momento notable. Ante el campamento ishir están Cancio y su Winchester, sus diez hombres montados y armados, sus doce mulas cargadas y su intérprete chamacoco Felipe Pepe. Enfrente, una plazoleta vacía en torno a la cual se distribuyen circularmente las chozas desde las que mujeres y niños observan con expectación y cautela la escena. Entonces, lentamente, en medio de ese silencio expectante, a 150 kilómetros del primer puerto paraguayo, rodeado por sus guerreros, Oroe, que va a acercarse a parlamentar con Cancio, *lentamente*, se pone: un pantalón, una camisa, una chaqueta de cotelé clara y una gorra de militar roja. Avanza hasta Cancio y le tiende la mano.

Cancio delega su Winchester en uno de sus hombres y devuelve el gesto. El cacique pide que se le entreguen ropas para su gente y un rifle de doble caño. Cancio se niega, aduciendo que no es su intención quedarse en los parajes y que el rifle le será necesario para cazar. Oroe, furioso, amaga y se detiene impotente ante la imagen de los diez hombres montados y armados que asisten a Cancio. Es entonces que todo empieza a ocurrir. Un suave festival de objetos. Una primera colección apareciendo. *El tímido despuntar de un sistema*. Cancio se decide a entrar en la aldea. La gente está expectante. Divisa a un muchacho y cree ver, asomando de su bolso de caraguatá, un periódico o algo parecido a un periódico. Cancio lo detiene y le ofrece cambiarlo por tabaco, azúcar o yerba. Entretanto, Oroe y otros jefes insisten en exigir los regalos que Cancio sigue negándoles. Sólo el periódico, o aquello que podría serlo, mantiene fija la atención del español. Cancio aumenta, *a viva voz*, su oferta. El muchacho acepta mostrarle el objeto en cuestión -un ejemplar del diario paraguayo *La Patria*- pero se niega a venderlo. Cancio insiste nuevamente. A viva voz. Sabe que el ejemplar de *La Patria* es una pieza importante, pero sabe también, y sobre todo, que la discusión se ha llevado a cabo en público y que en pocos minutos sus ofrecimientos habrán dado la vuelta al campamento. No mucho después, en efecto, es todo un gentío el que se ha acercado cautamente hasta el mercenario asturiano. Es entonces que ante la vista de Cancio, ante la vista de los hombres de Cancio y ante la vista del intérprete chamacoco de Cancio, el cuerpo de Boggiani empieza a aparecer, de entre la multitud, delicadamente, *al modo de una colección*, en ese campamento, a un mes de marcha desde las orillas del río Paraguay. Alguien se acerca y tiende a Cancio unos ejemplares del *Diario Oficial de Asunción*. Alguién más le acerca tembloroso otros tantos de *El Paraguayo*. Cancio paga y vuelve a pagar, pero entiende que debe disipar el malentendido -no son sólo diarios los que quiere comprar- y lo

hace. Entonces aparecen: a) una taza en fierro esmaltado, b) una diminuta colección de cajitas de lata, c) un trozo de bandera y d) dos cucharas metálicas.

Es necesario respetar la intensidad de este instante. Ahí están Cancio y sus diez jinetes armados, en algún lugar entre Pitiantuta y Bahía Negra, a veinte días del primer puerto sobre el río, a principios de siglo. Y de entre las chozas van apareciendo, uno a uno, progresivamente, estos objetos, este primer sistema de objetos, que dibuja, sobre el fondo espeso del Chaco, y ésta es la cuestión, *una artesanía negativa* o *el negativo de una artesanía*. Una colección indígena de objetos del otro, el otro vuelto objetos, el otro vuelto una colección de objetos. Contraflujo o contracirculación que acompaña y responde, en clave indígena, el *deseo de objetos* que animaba el viaje etnográfico de Boggiani. Apuntemos todavía, aun si sólo fuera para combatir cierta antropología cuya especificidad sería justamente la de *borrar los objetos* -y entonces, el ámbito de este contraflujo- que han aparecido, a lo largo de la escena, en el centro del Chaco boreal, a principios de siglo: una gorra militar roja, una chaqueta de cotelé clara, varias camisas, rifles y pantalones.

Volvamos a Cancio. Ante la progresiva aparición del cuerpo de Boggiani, Cancio se decide, por primera vez, a *pronunciar su nombre*: « Al escuchar el nombre del italiano, los indios fueron presa del pánico: buscaban escaparse de la tienda, pero los hombres de Cancio los traían de vuelta ». Animado por un razonamiento lógico aunque primitivo, Cancio toma prisionero al único indio que no había querido venderle aquel ejemplar del diario *La Patria*, y, posando la fría razón de su Winchester sobre las sienes del desafortunado, le exige revelar el destino de Guido Boggiani. El hombre en cuestión, *el que no había querido vender*, se dejó llamar : Luciano.

Pasemos por alto las escenas siguientes. Cancio toma tres prisioneros por guías, cada quien incomunicado con el otro, y avanza durante días por la espesura chaqueña. Sus guías logran darse a la fuga, a excepción de Luciano: « Desde ese momento es una especie de lucha por sobrevivir en busca de un pozo de agua, en el hostil ambiente del Chaco. Es una guerra de nervios emprendida contra el indio, que recurre a todo tipo de astucias para intentar despistar y cansar en cada ocasión a los miembros de la expedición. Constreñido por continuas y graves amenazas, Luciano busca obstinadamente impedir o, al menos, retardar la verdad». El 20 de octubre de 1902, tras dos meses de exploración, Cancio, su comitiva y el torturado Luciano llegan a un campamento indígena, como siempre, abandonado. Sobre el suelo, dispersos, un conjunto de huesos y un cráneo. Pero el de Boggiani hubiese debido tener una dentadura: «perfecta». Entre los huesos, Cancio encuentra: e) un tubo de permanganato de potasio, f) algunas placas fotográficas, g) una jeringa, h) una goma de borrar, i) el trípode de una máquina fotográfica.

Esta nueva colección de objetos acota la anterior al menos en dos sentidos. La primera colección es genérica -*La Patria*, el *Diario Oficial*, un trozo de bandera, una cuchara-, mientras que la segunda circunscribe de cerca el cuerpo extinto de Boggiani -trípode y placas fotográficas, jeringa, etc.-. Pero también, la primera es una colección de objetos en circulación, mientras que la segunda es una de objetos abandonados. Los primeros han sido intercambiados, y los segundos, recogidos. En la economía de estos objetos se juega entre ambas colecciones el problema de un valor. Valor de representación, entre lo propio y lo genérico; valor de circulación, entre lo que se guarda y lo que se deja. Líneas de organización de una contra-artesanía indígena.

En fin, ahí está Cancio ante el cráneo que no es el de Boggiani y esta segunda colección de objetos. Luciano observa aterrado la escena que -notemos el detalle- transcurre en una lengua que no es la suya. Sin requerir los servicios del intérprete Felipe Pepe, Cancio, que ha ordenado a sus hombres amarrar a Luciano con cuerdas gruesas, « decidido a hacerlo hablar de cualquier forma », arguye nuevamente las delicadas razones de su Winchester para que *aquél que no quiso venderle* revele finalmente la posición del cuerpo del italiano. Luciano, aterrado, quebrado e impotente ante la demanda de ese cuerpo, atina a escarbar exactamente bajo sus pies para que Cancio encuentre: j) un estuche de jeringas descompuesto, k) placas fotográficas, l) papeles de diario, m) una máquina fotográfica.

Hay una primera colección de objetos en circulación; una segunda, de objetos abandonados, y una tercera, de objetos enterrados. Es curioso que sólo esta tercera colección haya llamado la atención de los comentaristas[3]. Como si sólo el entierro indicara una *intención*. La primera sería utilitaria y la segunda involuntaria. La tercera, en cambio, puesto que se filtra en ella algo cercano a lo que se imaginan ser una *creencia*, sería la verdadera. El entierro de la máquina fotográfica aparece como un *símbolo* -demasiado perfecto, furiosamente simétrico- que *representaría* una actitud *típica* del *pensamiento* indígena. Contraofensiva artesanal buscando neutralizar la contra-artesanía indígena. Se trataría -aquí también- de *borrar los objetos* expulsándolos de la escena a través del recurso ritualizante a una especie de «exorcismo de la máquina» que *querría decir* el susto indígena a los objetos del blanco. Tres son las colecciones que organizan la economía de estos objetos. Tres, y falta una cuarta, insospechada, que está todavía por anunciarse.

La tercera colección pone a Cancio ante el cuerpo del delito. Mas no ante el cuerpo de Boggiani. Luciano tiembla y llora, humillado y exhausto. Torturado una vez más por el Winchester de Cancio que insiste en exigir el cuerpo de Boggiani, Luciano, finalmente quebrado, deja de anunciar colecciones y se decide a indicar a Felipe Pepe la ubicación del bosque en el que Boggiani ha sido asesinado. Felipe Pepe, a su vez, se la comunica a Fernández Cancio. En un campo cercano, los hombres de éste encuentran un conjunto de huesos que los animales han esparcido sobre un radio de 200 metros. Entre ellos, un cráneo con perfecta dentadura. Un golpe de mazo le ha abierto una fractura notoria sobre la sien izquierda. Y ocurre entonces esta cuestión improbable.

Hace dos meses que Cancio va de objeto en objeto persiguiendo los dientes perfectos del italiano. Tiene en sus manos los restos del cuerpo de Boggiani y los del cuerpo del peón de Boggiani ; tiene en sus manos la máquina, las placas fotográficas y los objetos de Boggiani, y tiene maniatado, humillado y rendido al que terminará siendo el único inculpado ante los tribunales asuncenos por el homicidio de Guido Boggiani. Hace dos meses que Cancio ha abandonado las orillas del río. Sus hombres están cansados y sus provisiones agotadas. Y, sin embargo, en ese instante, como si no hubiese sido nunca el cuerpo lo que buscaba, desoyendo razones comunes, en vez de dirigirse hacia las orillas del río y luego, en un vapor, hasta Asunción, como si no le bastasen los huesos, el cráneo y los dientes perfectos de Boggiani, ante los ojos atónitos de Luciano, como si un frenesí súbito e inesperado le arrebatara el tino, ante los ojos atónitos de sus hombres, como si no bastasen las cucharas, las ropas, las

[3] Al margen del colectivo ya referido editado por Leigheb, pueden consultarse: Fric A. V. and Fricova, *Guido Boggiani, fotógrafo*, Praga, Nakladatelství, 1997; Fric P. and Y. Fricova (Editores), *Boggiani y el Chaco. Una aventura del siglo XIX. Fotografías de la Colección Fric*, Museo de Arte Hispanoamericano "Isaac Fernández Blanco", Buenos Aires, 2002; y en especial, Giordano, M., *Las múltiples facetas de Guido Boggiani*, pp. 31-47, 2002. Hay reedición revisada del colectivo de Leigheb en 1992.

jeringas y el tacho de Boggiani, ante los ojos atónitos de Felipe Pepe, *ante los ojos atónitos de Felipe Pepe*, Cancio apuntó una última vez su Winchester al pecho de Luciano
y fijándolo en los ojos
le preguntó
dónde están
- p o r ú l t i m a v e z -
dónde están
la brújula
el reloj
las armas
y las cartas personales de Guido Boggiani.

- II -

Una historia de las muertes del Chaco. Dar con la geometría de esas muertes. Discernir estratos y clases. *Modos de morir asesinado*. La historia del Chaco como la historia de sus asesinatos. Redactar cada una de esas muertes. Escribir en negativo. Redactar cada una de esas muertes como un solo y mismo problema. La cuestión del cadáver y sus objetos. Pero habría que desbordar el campo de una criminalística y organizar el de una sociología. Redactar cada una de esas muertes, pero atendiendo aquello que el cadáver deja en circulación : trazar la circulación de los restos del desaparecido. Aquello que el asesinato produce o aquello que el asesinato levanta. La circulación de ese cadáver por procuración. Estudiar el modo en que es *devuelto el cuerpo del otro*. Historia de los objetos que suplantan y suplementan el cuerpo asesinado. Redactar esas treinta muertes como si fuesen un mismo problema. Redactar *detalladamente* esas treinta muertes como si fuesen un mismo problema.

- III -

Antes no había la artesanía. Cada quien hacía su pinta, su bolso o su pluma para su uso. Cuando el Boggiani vino a instalarse ahí, no había la artesanía. Pero él le compraba a esos tomáraho. Le veía que alguien andaba con ese collar más lindo y ya quería comprarlo. Así: juntaba y juntaba en su casa. No era en el campamento, sino un poco más lejos, que se había instalado el Boggiani. Y ahí juntaba la artesanía. Y esos tomáraho entraban en la noche y le robaban la artesanía al Boggiani y se la vendían otra vez. Doble. Y algunos robaban otra vez y le vendían otra vez. Y algunos le robaban otra vez y le vendían otra vez. Y algunos le robaban otra vez y no le vendió más. Llevar nomás. Y entonces ese Boggiani se pusió a buscar sus cosas que había comprado. Y no encontraba. Y buscaba. Y buscaba[4].

- IV -

[4] En adelante, en cursivas, transcribimos partes del relato de la muerte de Guido Boggiani que hemos registrado, en tres versiones, entre los años 2001 y 2005, en puerto María Elena, Alto Paraguay. Conocemos otras dos versiones chamacoco del asesinato de Boggiani. La primera es la contenida en el informe *Cancio* según declaración de Luciano, y la segunda ha sido recogida, dos años después de la muerte del italiano, por el explorador checo A. V. Fric. La versión anotada por este último se mantuvo inédita hasta que su hijo lo refiriera en prefacio a las reediciones checas (1977 y 1981) de los “indiani jizni ameriky” publicados por Fric en 1943, retomada luego por Leigheb, por P. Fric y por Giordano. Leigheb reseña, por último, la deposición de Luciano ante los tribunales de Asunción, contenida en el expediente Nº 5, Vol. 259, Sección 1 (año 1904), de los Archivos del Palacio de Justicia. Dos entrevistas a Luciano fueron publicadas en matutinos argentinos.

Primer estrato: Las cabeceras del Paraguay están inciertamente cartografiadas desde fines del siglo XVIII, y al sur del Apa, la cartografía de Félix de Azara, si bien irreprochable, es incompleta. Ríos importantes suspenden de pronto su curso concreto y se prolongan por espacios abstractos según cursos hipotéticos. Cuestiones decisivas, como la eventual conexión entre la cuenca amazónica y la gran cuenca del Plata, están sin resolverse. Han de haber sido razones seculares las que llevaron a Jules Crévaux a ocuparse de este problema secundario aunque agudo: Crévaux es asesinado en 1882, intentando abrir el trámite chaqueño del Pilcomayo, tras sólo tres semanas de exploración. El río, paradójicamente, tras la muy concreta muerte de Crévaux, siguió siendo un río *teórico*. El vasco Enrique de Ibarreta aportará más tarde al teorema Pilcomayo la comprobación irrefutable de una hipótesis tan temida como improbable: el río no es navegable. Varado entre arenas y troncos, Ibarreta muere asesinado en 1889.

Crévaux, Ibarreta y Boggiani dibujan un triángulo que otras muertes podrán completar, pero que anuncia desde ya su carácter paradigmático. Un mismo estrato los reúne. La expedición que sale en busca de Crévaux es dirigida por Arthur Thouar; la que que va en busca de Ibarreta, por José Fernández Cancio, a quien reencontramos más tarde buscando a Boggiani. En los informes de Cancio y de Thouar[5], invariablemente, la secuencia de objetos y colecciones de objetos que conducen al cuerpo probable del desaparecido. Invariablemente, el rescate consiste en revertir el flujo de una contra-artesanía indígena que ya se hallaba en curso. Un devenir colección del cuerpo asesinado. Pedir, por favor, que los objetos del difunto sean devueltos. Éste es un estrato fetichista.

Segundo estrato: El jesuita italiano Muratori traza en 1754 muy precisamente su índice preliminar: «*Los bárbaros masacraron luego en diversos tiempos a los padres Pedro Ortíz, Bartolomé Blende, Santiago de Alfaro, José de Arce, Pedro Espinoza, Luis Cavalieri, los padres Fernández, Arias, Mazzo, de Silva, Mendoza, Solinas, Ozorio, Ripario, Sánchez, además de otros tantos cuya sangre ha fertilizado estas regiones bárbaras y se ha vuelto, como en los primeros siglos de la Iglesia, la semilla de una infinidad de nuevos cristianos. Dos otros misioneros, cuyos nombres ignoro, obtuvieron también la corona del martirio en esa misma región en 1721 y 1722*»[6].

Habría que rastrear el contrapunto que se arma entre tres circulaciones que se activan simultáneamente. La circulación del cadáver. En la descripción de las muertes de los jesuitas Bartolomé Blende y Joseph de Arce, se lee que tras cortar la cabeza al cadáver de Blende y dejarlo tendido a la vera del río, los payaguá dieron el de Arce a los guaikurú que «tomaron el cadáver del santo mártir y se enfurecieron contra él con grande inhumanidad, hiriéndole con sus lanzas, y sólo desearon ensangrentarse más cuando ya no había qué maltratar»[7]. La circulación del objeto, luego: «pegaron fuego al barco para quitarle la clavazón de hierro; y de los ornamentos y demás alhajas sagradas destinadas para la nueva iglesia de los Chiquitos, después de escarnecerlos y ultrajarlos, los hicieron pedazos […]. Dejaron los traidores en la fuga los ornamentos del altar y otras alhajas sagradas, que, aunque profanadas y hechas pedazos, las recogió Quatí para restituirlas, porque todavía mantenía su buen deseo de ser

[5] El de Cancio ya ha sido reseñado; el de Thouar está contenido en el primer capítulo de Thouar, A., *Explorations dans l'Amérique du Sud*, París, Hachette, 1891.
[6] Muratori, L. A., *Relation des missions du Paraguay*, p. 132, La Découverte, París, 1754 (2002).
[7] Fernández, J. P., *Relación historial de las misiones de los Indios, que llaman Chiquitos, que están á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, para todo el párrafo (pp. 175-177), Centro de Estudios Indígenas y Coloniales de la Universidad Nacional de Jujuy, Rep. Argentina, 1726 (1994).

crisitiano». Pero queda todavía esta tercera circulación que se activa tras el asesinato y que es propiamente la que restituye el cuerpo desaparecido: la circulación del cuerpo esclavizado. El cuerpo es invariablemente restituido a través de la circulación de los cuerpos vueltos esclavos que acompañaban al difunto. La comitiva, las mujeres, los neófitos o los indios amigos del asesinado son vueltos *esclavos blancos* de una trata indígena. Y es por la circulación de aquel cuerpo vuelto esclavo que el destino del asesinado termina siendo conocido. Tras semanas, o meses, o años, aquél que fue esclavizado termina siendo descubierto o liberado, perdido o intercambiado hasta estar en condiciones de revelar la muerte de aquél al que acompañaba.

El homicidio abre un espacio de circulaciones y contracirculaciones. Flujo y reflujo de lo que el asesinato deja en circulación. Habría que ver si la circulación de los cuerpos esclavos -delegación del cadáver- no retruca, en el siglo XVIII, el *deseo de cuerpos* que anima el viaje del asesinado tanto y como la circulación del objeto retruca, a fines del XIX, *el deseo de objetos* del explorador malogrado. Habría que ver si la esclavización indígena de cuerpos occidentales no juega aquí al modo de una *esclavitud negativa*, o de una *esclavitud inversa*, tanto y como la *artesanía negativa* retruca o responde la emergencia de *lo artesanal* en el estrato fetichista del que participa la muerte de Boggiani.

Tercer estrato: Asesinato fundante y tutelar. Los dos otros estratos habitan su trama espectral. Introduce y gobierna, desde el principio, la necrológica chaqueña. Los asesinatos de Alejo García y de Juan de Ayolas en el s. XVI. García fue el primer europeo, según dicen, en entrar en esas regiones. Los «despojos de ropa, vestidos y muchos vasos, vajillas, coronas de plata, de cobre y otros metales»[8] revelaron a la postre el infeliz destino del que fuera también el primer cadáver europeo en circular por el Chaco. De Ayolas a Boggiani y de García a Ibarreta puede organizarse, aun con trazo grosero, la geometría de todas estas muertes.

-V-

Kamitía estaba furioso: «Y entonces, Boggiani? Eres largo y eres grande y vas a dejar que esos tomáraho te macaneen así? ¡Pareciera que les tienes miedo! Y sin embargo, ¡tú eres más grande, Boggiani! ¡y eres más largo!» Kamitía vivía con el Boggiani y le decía: «¿Vas a dejar que esos tomáraho te macaneen así?». Así apuraba al Boggiani el Kamitía, «¡parece que les tienes miedo!». Entonces el Boggiani llamó al Kogorbich. El Kogorbich era un gran jefe, un cacique, un polota, y le dijo: «Dile a tu gente que se vaya. Ya me robaron mucho mis cosas ya. Ahora tienen que irse todos nomás». Pero la gente no le hacía caso al Kogorbich. El Boggiani tenía muchas cosas y la gente no quería irse de ahí. Entonces el Boggiani le empujó al Kogorbich «¿pero vos no sos el jefe acaso? Yo en mi país soy un jefe, ¡pero aquí parece que al jefe no le hacen caso!». Y el Boggiani tomó a un tomáraho y lo empujó para que se cayera. Quería mostrar su autoridad ese Boggiani. Entonces empujó y echó a los tomáraho. Algunos cayeron por aquí, otros cayeron por allá y otros corrieron para esconderse.

[8]Díaz de Guzmán, R., *La Argentina*, p. 82, Madrid, Dastín, 1835 (2000).

- VI -

> *«Reservad para los últimos parajes de Europa vuestros desperdicios, vuestros frascos irrompibles y vuestras latas de conserva despanzurradas. Extended por la tierra la herrumbre de vuestras carpas»*
>
> Claude Lévi-Strauss, "Caduveos" en Tristres Trópicos

Nadie antes había andado por ahí comprando objetos indígenas. Ni las estancias ni los obrajes que se habían instalado progresivamente en el Alto Paraguay tras el fin de la Guerra Grande, ni los misioneros que tomaban ahora el relevo de los frustrados esfuerzos jesuitas del dieciocho, ni los cuarteles de Olimpo o Pacheco, de Coimbra o Alburquerque instalados sobre el río desde fines de la Colonia, ni aun el buhonero que traficaba por ese entonces aquel río vertebral, organizaron su relación con el mundo indígena a partir del problema de los *objetos indígenas*. Habían comprado cueros, carnes secas, quizás una hamaca, quizás habían *vuelto a comprar* (les vendían, les robaban y les vendían) aquello que habían perdido -*una chaqueta de cotelé clara*, *una gorra roja de militar*, un mosquitero-, pero nunca estructuraron una dinámica y una simbólica que se dieran a sí mismas por centro el problema de los objetos indígenas. A fines del diecinueve, en los ajetreados parajes del Alto Paraguay, esos objetos eran, para los agentes de Occidente, apenas una casualidad, un dato muerto, una cuestión sin importancia. Nadie, en ese entonces, había echado a andar alguna economía de lo artesanal, alguna economía del objeto indígena. No al menos en el sentido en que dicho objeto valiera en tanto objeto *indígena*. No se jugaba en él la cuestión de una representatividad. No había, propiamente, *objeto típico*. En ninguna de estas instituciones, para ninguno de esos agentes, una *economía de lo típico* medió la relación con el mundo indígena. Hay que imaginar entonces la escena: a 100 kilómetros del obraje o del puerto, en la espesura del Chaco, de pronto, hace ingreso en el campamento indio una amplia comitiva que no quiere, esta vez, ni convertir, ni conchabar, ni asesinar, sino que desea, muy precisamente -y ésta es la razón de tanto buey y de tanto caballo-, aquel collarcito de plumas o aquel mortero tan excelentemente pulido que guarda el viejo entre sus sartenes, su atado de tabaco y los restos de una máquina náufraga.

Claude Lévi-Strauss[9]:

«¿De dónde provienen esos morteros de piedra admirablemente pulidos que encontré en las casas indias mezclados con platos enlozados, cucharas baratas y a veces hasta restos esqueléticos de una máquina de coser?».

«¡Cuánta dificultad para procurarse uno cualquiera de esos pobres objetos! La previa distribución de nuestros anillos, collares y broches de abalorios a toda la familia, a veces es insuficiente […]. Pero a menudo el cuento es otro. Esa india, ¿quiere venderme esta vasija? `por cierto, quiere. Desgraciadamente no es de ella´ ¿De quién entonces? Silencio. ¿De su marido? `No´. ¿De su hermano? `Tampoco´. ¿De su hijo? Basta: es de la nietecita. La nietecita es inevitablemente la dueña de todos los objetos que queremos comprar. La observamos -tiene tres o cuatro años- acurrucada cerca del fuego, completamente absorbida por el anillo que hace un momento deslicé en su dedo».

El resto del capítulo puede leerse íntegramente como la persecución de ese mortero.

---

[9] Lévi-Strauss, C., *Tristres trópicos*, pgs. 157, 159 y 164, Ed. Paidós, Barcelona, 1955 (1988).

-VII-

Hay que dar con la especificidad del homicidio en el estrato fetichista. Esa contra-artesanía o artesanía inversa que se pone en juego dice el advenimiento de una razón artesanal. Contraflujo indígena de una economía fectichista que está recién empezando. Decir, en la narración del asesinato del primer-comprador-de-objetos-indígenas, las claves del siglo que comienza. Recurso y defensa retóricos al imperio emergente del objeto. El relato indígena de la muerte de Boggiani hace pasar por Boggiani el advenimiento del ojo fotográfico y del objeto artesanal; esto es, el advenimiento del régimen de representación que marca y enmarca el actual trámite indígena. Asesinar a Boggiani no es importante: pensar *a través de esa muerte* la emergencia del objeto artesanal es, en cambio, una cuestión fuerte. Narrar el asesinato como el advenimiento de un nuevo orden representacional. Viejo tema chamacoco.

En el centro del estrato fetichista se prepara ahora la muerte de Félix. Esa nueva economía del objeto que están echando a andar.

«Nuestros huéspedes [los dueños de la *fazenda francesa*] *los tenían* [a los caduveo] *por perezosos y degenerados, ladrones y borrachos* […] *Nuestra expedición les parecía condenada de antemano* y […] *la miraban con desaprobación. ¡Cuál no fue su estupor cuando nos vieron volver, algunas semanas más tarde, con bueyes tan cargados como los de una caravana: grandes jarros de cerámica pintada y grabada, cueros de venados iluminados de arabescos, maderas esculpidas que representaban un panteón desaparecido…!»*[10].

El asesinato de Félix evacua el fantasma de Boggiani que gobernaba hasta aquí el relato levistraussiano. El desenlace del capítulo es paradigmático. La muerte de Félix trabaja por interpósita persona sobre la muerte de Boggiani. Es su muerte por procuración. En medio del estrato fetichista, ambas muertes fulguran diciéndose la una a la otra. La circulación del cadáver como el problema de una colección, como la lujuria de una colección, como la contracirculación del objeto etnográfico.

«Dos o tres años después […] el pequeño salón burgués de la fazenda estaba tapizado de pieles pintadas, con alfarerías indígenas en todos los rincones; […] los indios, transformados en sus proveedores titulares, eran recibidos en la fazenda, donde se los albergaba por familias enteras a cambio de sus objetos. ¿Hasta dónde llegó esta intimidad? Resulta muy difícil creer que hombres célibes pudieran resistir, conociéndola, la atracción de las muchachitas indígenas, semidesnudas en los días de fiesta, con el cuerpo pacientemente decorado de finas volutas negras o azules que parecían confundir su piel con una vaina de precioso encaje. Sea como fuere, hacia 1944 o 1945 según creo, don Félix cayó finalmente abatido por uno de sus nuevos familiares»[11].

-VIII-

Doble declinación para la emergencia de un régimen fetichista. Va desde el objeto etnográfico con vocación museográfica -aquél que *colecta* Boggiani- hasta el objeto artesanal propiamente, aquél que se vende en calles y ferias. En ambos casos, una política de la representación que se juega sobre el problema de los objetos. En ambos casos, la transacción

[10] Ibíd., p. 172.
[11] Ibíd.

de un objeto que adquiere valor de representación sobre el mundo indígena. Estructura fetichista: política de la representación -políticas de la identidad- que se dice(n) como una economía del objeto. Hacer pasar por el objeto y ejercer a través del mismo la representación del otro. O aun, fundar en el objeto la diferencia entre *lo uno* y *lo otro*. El siglo, entonces, como la historia de ese objeto o como la historia del advenimiento de ese objeto. La economía del objeto típico es también una economía política de los tipos: a través del objeto típico una política de los tipos que se ejerce.

No son la misma cosa el objeto etnográfico y el objeto artesanal. Aun si trabajan sobre la misma clave, la declinan distintamente. Son modos diversos de resolver una misma relación. A decir verdad, son modos *históricamente sucesivos* de organizar esa relación. Ambos objetos como el signo de una derrota. Dos estratos, dos tiempos en la historia de esa derrota. Dos momentos en la historia del objeto como historia de una derrota. El objeto etnográfico signa el avance militar de las fronteras nacionales desde el s. XIX y hasta mediados del s. XX: los museos abultan sus colecciones en la medida en que los ejércitos nacionales avanzan sobre el territorio indígena. El museo etnográfico opera en el interior de un ámbito militar, funciona como su reverso. Sus objetos vienen de la frontera y resultan del avance de la frontera. Son objetos distantes, representación invertida de la apologética civilizatoria de los Estados nacionales. El objeto firma una ocupación y opera en la simbólica de un despojo: objeto *colectado*, *recogido*, *traído*. No es un objeto que haya sido hecho para ser vendido. Es el objeto mismo, *genuino*, tal y como se lo usaba: está ahí intacto, como si se lo hubiesen arrancado de las manos a quien lo usaba. El objeto etnográfico finge estar exento de transacción. No está ahí para ser vendido. Tampoco se lo ha comprado: se lo ha colectado. Se lo ha recogido en el espacio desierto que sucede a la campaña. El objeto como resto y como rastro. La fuerza estética del museo etnográfico descansa en esta poética de la muerte. Series de objetos dispuestos *como si se los estuviera usando* -un fogón, una choza, una canoa-, pero series de objetos solamente, en ausencia de cuerpo; series de objetos *indicando* la desaparición o la ausencia del cuerpo. Poética de muerte que inviste el objeto desde la simbólica de la desaparición: el objeto vale porque ha desaparecido, está desapareciendo o va a desaparecer aquél que lo usaba. El objeto contiene ya y en sí mismo esa desaparición. Objeto y extinción. Esa desaparición -acontecida o por acontecer- es su condición de representación y la condición de su valor. El museo administra esa relación. De ahí el carácter aurático de ese objeto: en el silencio sacrosanto del museo, ese objeto que no se transa, ese objeto que es casi un cadáver, la delegación de un cadáver, escena muda, un cadáver por procuración.

El objeto artesanal es, aquí en el Chaco, posterior. No es militar, sino burgués. No tiene que ver con el avance de una frontera, sino con el acceso indígena a los mercados urbanos. Es el segundo tiempo, el segundo momento de una misma denigración fetichista. Pero su sociología es otra. Tiene que ver con una migración, con una desocupación, una descomposición o una precariedad. Si aquél era distante, éste es cercano. Ocurre *en* la ciudad y ante el cuerpo presente del migrante. Pero la presencia del cuerpo indica ahora el desuso de un hábito: ese objeto *es como el que se usaba*, pero que ya no se usa. Es copia, símil, reproducción. Ni aura ni cadáver: si el objeto etnográfico sindica la extinción del cuerpo, el objeto artesanal señala el abandono de un uso, la retracción de una cultura, el desempleo de un instrumento. El pequeño arco y sus flechas, en la plaza, indican el desuso del arco y de la flechas. El cántaro pirograbado, en la plaza, indica el uso del bidón y de la botella. El objeto no ha sido hecho para ser usado: es excedentario, cambiario. No está en el museo, sino en su tienda, o en sus ferias, o en las calles. Es un objeto nuevo. Ni ha sido usado ni tiene valor de uso. Por eso es tan gringo el que usa artesanías indígenas: porque las usa. El objeto artesanal

marca -en el mismo movimiento en el que se lo vende, y porque es su símil o su parodia- el desuso del original. Aun operando sobre tiempos sociológica e históricamente sucesivos, aun invirtiendo sus términos, ambos objetos trabajan sobre una misma economía de la representación. Triangulación fetichista que juega la diferencia y la tipicidad de la diferencia sobre el registro transpuesto del objeto indígena. El *objeto típico*, en su trámite etnográfico, como aquél que organiza los tipos y satisface las clases que le instruye la razón museográfica; o el *objeto típico*, en su trámite artesanal, como aquél que complace la mirada tipificante y la voluntad de identidad del pequeño burgués urbano.

Ese objeto típico y la economía de lo típico que lo sostiene, funcionan también como una política de los tipos. La tipicidad del que vende *es la condición del valor* de lo que vende. Es una cantidad de su precio. El objeto artesanal, aquí en el Chaco, vale porque es típico el que vende. Despliegue alienante de un régimen de tipificación que pasa del objeto al sujeto: es por ello que habita una estructura fetichista. El objeto artesanal obliga a una impostura: la del tipo. Hay una exigencia de tipicidad, que es una exigencia de identidad, sobre la que se funda el valor del objeto. Hay, entonces, sobre la economía de los objetos, una política de los tipos. Puede utilizarse esa exigencia defensivamente, puede burlársela o se la puede aprovechar ; se la puede adoptar como impostura o se la puede defender como postura: en todos los casos, hay una experiencia social de ese régimen fetichista. Un modo de habitar, a través del objeto, el deseo del otro. Una política del deseo -o una política simplemente- que se juega en el ámbito de esa transacción. Organizar una arqueología local de la razón artesanal es organizar la historia de esa política. El sistema de acomodos, de reutilizaciones, de desvíos que esa transacción pone en juego, localmente, en la historia de su advenimiento. Historia -si se quiere- de la «experiencia» artesanal o historia del modo en que se organiza localmente, en el interior de esa estructura fetichista, el deseo del otro como el deseo de sus objetos.

- IX-

Al día siguiente ya andaban el Kamitía y el Boggiani por la comunidad. La gente les tenía miedo. De pronto, el Kamitía preguntó «¿Dónde están todas las mujeres? ¿Por qué no están los niños?». Así preguntó el Kamitía. Los hombres le dijeron que se habían ido a buscar el algarrobo. «¿Y por qué se fueron tan temprano?», preguntó el Kamitía. «Porque más tarde el sol va a estar muy fuerte y los niños ya se van a quemar», le respondieron los hombres. Todo el mundo había quedado nervioso. Pero le tenían miedo a ese Kamitía y a ese Boggiani. El Kamitía ya sospechaba de esos tomáraho: «Si las mujeres se fueron a buscar el algarrobo no hay problema. A mí me parecía que no estaban porque ustedes querían matar al Boggiani. Si quieren matar al Boggiani van a tener que matarme primero o no habrá mujer que no sea viuda».

-X-

Son todas declinaciones del término *plegar*: cómplice, complejo, complicación. Cosas distintas atrapadas por un mismo pliegue. Complicado es lo que tiene más de un pliegue. Complejo, cuando hay más de una articulación. Cómplices, los que estamos en este rollo. Hay un modo chamacoco de organizar la complicidad. La sociedad, digamos, *su orden*, se organiza en torno a un secreto y es el secreto de un asesinato fundante. El principal cuerpo mitológico chamacoco cuenta el advenimiento de lo complejo -división clánica, patriarcado, reglas de alianza, ritual y totemismo- como la organización de una complicidad. Participan

de este espacio social *complejo* todos los hombres que saben guardar el *secreto* de ese homicidio fundante. Como en otras partes, una *sociedad secreta* -que es aquí también una sociedad masculina- articula desde el centro el espacio cultural ishir. La iniciación del muchacho, cuando llegada la pubertad, es la revelación de ese secreto. Porque se le revela y se le exige simultáneamente guardar el secreto de ese homicidio, el muchacho es hecho *cómplice* y entonces *parte* de la sociedad iniciática chamacoco. Ser cómplice es -porque se conoce el secreto- participar de la espera siempre angustiante del momento en que volverán los sobrevivientes para cobrarse la venganza. En el principio de los tiempos, cuando los hombres acometieron el magnicidio tutelar, los chamacoco quedaron condenados a la complicidad de un secreto y a la espera del momento último en que Nemur, el sobreviviente, volverá para cobrarse la muerte de los suyos y desatar el exterminio de los Ishir. Sólo se salvarán las mujeres y los niños; esto es, los que no participaron del secreto o, lo que es lo mismo, los que nunca fueron cómplices.

Pasó un tiempo y vinieron a buscar al Boggiani. Había unos ebytoso que venían con esos paraguayos. Le traducían. Y varios soldados. Puede que hayan sido los hermanos del Boggiani. Venían a buscarlo. Y el jefe preguntó: «Dónde anda ese Boggiani?». Los tomáraho dijeron que no sabían nada. Dijeron que había abandonado a su mujer -Haat- y que se había ido sin decir adónde. Haat les dijo que hacía tiempo se había ido y que esperaba ella también noticias del Boggiani. Les mostró a la niña, la hija del Boggiani, y les dijo que ambos esperaban a que volviera. Los soldados se fueron. Pero los ebytoso que los acompañaban sabían que la mujer mentía. Había uno, el que traducía, que ya sabía: le había visto en la piel el color de su duelo. Los soldados volvieron, pero la mujer calló y los demás así también lo hicieron. Los tomáraho guardaron ese secreto. Todos se fueron, pero guardaron el secreto. Todos temían, por ese entonces, que los italianos volvieran para vengarse. Ese lugar se llama el Bogiandebió, los huesos del Boggiani. Nunca nadie volvió ahí. Después, los viejos enterraron esa historia. Todo el mundo vivió esperando que los italianos volvieran para vengarse.

En la teoría chamacoco de lo social, el ciclo de la violencia queda suspendido cuando no hay más venganza posible. Es decir, cuando logra sumergirse la identidad del homicida en el espacio ritualizado de una complicidad colectiva. Y secreta. Romper el secreto es reanudar el circuito homicida. En el planteamiento indígena del problema, hay sociedad cuando puede guardarse el secreto y organizarse lo cómplice. Disolviendo el acontecimiento en el secreto de una comunidad -y ese secreto funda la comunidad- , la violencia del otro es retenida, o, al menos, diferida, hasta que el silencio se quiebre y la impostura se revele. Es decir que el homicidio silenciado fuerza el advenimiento de un nuevo orden de representación. El homicidio es encubierto porque el homicida toma la apariencia de lo asesinado. Disfrazándose con los atuendos y los objetos de la víctima, la comunidad burla la furia de los deudos y hace del disfraz el garante de una paz siempre amenazada. La representación –el arte plumario, el rito, las pinturas corporales- tiene por justificación el encubrimiento del asesino y la suplantación de lo asesinado. Es decir, y éste es el punto, que la mitografía chamacoco narra insistentemente *a través del asesinato* el advenimiento de un orden representacional.

-XI-

y fijándolo en los ojos
le preguntó
dónde están

- p o r ú l t i m a v e z -
dónde están
la brújula
el reloj
las armas
y las cartas personales de Guido Boggiani.

- XII -

Decir la muerte de Boggiani,
Decir la muerte del primer-comprador-de-objetos-indígenas.
Decir el advenimiento de una razón artesanal.

- XIII -

Estuvieron toda la noche trabajando esos tomáraho. No sabían cómo matarle al Boggiani. Durante la noche, fueron tejiendo una hamaca. Era la más linda, fenomenal, verdaderamente linda esa hamaca. Era la hamaca más linda que habían hecho esos tomáraho. Y el Boggiani ya no pudo resistirse. Era verdaderamente fenomenal esa hamaca. «Viste esa hamaca, Kamitía? ¡Es la más linda! Esa yo tengo que llevar para mí!». El Boggiani no podía aguantarse. Y los tomáraho ya le sabían ya. Habían colgado la hamaca en el medio de la comunidad, un poco lejos de la casa del Boggiani. Y entonces el Boggiani salió ya de su casa y se fue a parar ahí al medio para mirar la hamaca. El Boggiani y el Kamitía se fueron a parar ahí. Y los tomáraho lo estaban esperando y lo agarraron por atrás, con el garrote; al ladito de la hamaca se murió ese Boggiani. Después agarraron a ese Kamitía y lo jodieron también.

Las muertes de Guido Boggiani

I. [2003]

Inédito [registrado N.Richard, relato Palacios Vera, Maria Elena (Alto Paraguay)– sept. 2003]

« Antes no había la artesanía. Cada quien hacía su pinta, su bolso o su pluma para su uso. Cuando el Boggiani vino a instalarse ahí, no había la artesanía. Pero él le compraba a esos Tomaraho. Le veía que alguien andaba con ese collar más lindo y ya quería comprarlo. Así: juntaba y juntaba en su casa. No era en el campamento, sino un poco más lejos, que se había instalado el Boggiani. Y ahí juntaba la artesanía. Y esos tomaraho entraban en la noche y le robaban la artesanía al Boggiani y se la vendían otra vez. Doble. Y algunos robaban otra vez y le vendían otra vez. Y algunos le robaban otra vez y le vendían otra vez. Y algunos le robaban otra vez y no le vendió más. Llevar nomás. Y entonces ese Boggiani se pusió a buscar sus cosas que había comprado. Y no encontraba. Y buscaba. Y buscaba.

Kamitia estaba furioso: "Y entonces Boggiani ? eres largo y eres grande y vas a dejar que esos tomaraho te macaneen así? ¡Pareciera que les tienes miedo! Y sin embargo, ¡tu eres más grande Boggiani! ¡y eres más largo!" Kamitia vivía con el Boggiani y le decía: "¿Vas a dejar que esos tomaraho te macaneen así?". Así apuraba al Boggiani el Kamitia, "¡parece que les tienes miedo!". Entonces el Boggiani llamó al Kogorbich. El Kogorbich era un gran jefe, un cacique, un polota, y le dijo: "Dile a tu gente que se vaya. Ya me robaron mucho mis cosas ya. Ahora tienen que irse todos nomás". Pero la gente no le hacía caso al Kogorbich. El Boggiani tenía muchas cosas y la gente no quería irse de ahí. Entonces el Boggiani le empujó al Kogorbich "¿pero vos no sos el jefe acaso? Yo en mi país soy un jefe, ¡pero aquí parece que al jefe no le hacen caso!" Y el Boggiani tomó a un tomaraho y lo empujó para que se cayera. Quería mostrar su autoridad ese Boggiani. Entonces empujó y echó a los tomaraho. Algunos cayeron por aquí, otros cayeron por allá y otros corrieron para esconderse.

Al día siguiente ya andaban el Kamitía y el Boggiani por la comunidad. La gente les tenía miedo. De pronto, el Kamitía preguntó "¿Dónde están todas las mujeres? ¿Por qué no están los niños?". Así preguntó el Kamitía. Los hombres le dijeron que se habían ido a buscar el algarrobo. "¿Y por qué se fueron tan temprano?" preguntó el Kamitía: "Porque más tarde el sol va a estar muy fuerte y los niños ya se van a quemar", le respondieron los hombres. Todo el mundo había quedado nervioso. Pero le tenían miedo a ese Kamitía y a ese Boggiani. El Kamitía ya sospechaba de esos Tomaraho: "Si las mujeres se fueron a buscar el algarrobo no hay problema. A mi me parecía que no estaban porque ustedes querían matar al Boggiani. Si quieren matar al Boggiani van a tener que matarme primero o no habrá mujer que no sea viuda"

Estuvieron toda la noche trabajando esos Tomaraho. No sabían como matarle al Boggiani. Durante la noche, fueron tejiendo una hamaca. Era la más linda, fenomenal, verdaderamente linda esa hamaca. Era la hamaca más linda que habían hecho esos Tomaraho. Y el Boggiani ya no pudo resistirse. Era verdaderamente fenomenal esa hamaca. "Viste esa hamaca Kamitía? ¡Es la más linda! Esa yo tengo que llevar para mí!" El Boggiani no podía aguantarse. Y los Tomaraho ya le sabían ya. Habían colgado la hamaca en el medio de la comunidad, un poco lejos de la casa del Boggiani. Y entonces el Boggiani salió ya de su casa y se fue a parar ahí al medio para mirar la hamaca. El Boggiani y el Kamitía se fueron a parar ahí. Y los tomaraho lo estaban esperando y lo agarraron por atrás, con el garrote, al ladito de la hamaca se murió ese Boggiani. Después agarraron a ese Kamitía y lo jodieron también.

Pasó un tiempo y vinieron a buscar al Boggiani. Había unos ebytoso que venían con esos paraguayos. Le traducían. Y varios soldados. Puede que hayan sido los hermanos del Boggiani. Venían a buscarlo. Y el jefe preguntó: "Dónde anda ese Boggiani?". Los Tomaraho dijeron que no sabían nada. Dijeron que había abandonado a su mujer –Haat- y que se había ido sin decir a donde. Haat les dijo que hacía tiempo se había ido y que esperaba ella también noticias del Boggiani. Les mostró a la niña, la hija del Boggiani, y les dijo que ambos esperaban a que volviera. Los soldados se fueron. Pero los ebytoso que los acompañaban sabían que la mujer mentía. Había uno, el que traducía, que ya sabía: le había visto en la piel el color de su duelo. Los soldados volvieron, pero la mujer calló y los demás así también lo hicieron. Los Tomaraho guardaron ese secreto. Todos se fueron, pero guardaron el secreto. Todos temían, por ese entonces, que los italianos

volvieran para vengarse. Ese lugar se llama el Bogiandebió, los huesos del Boggiani. Nunca nadie volvió ahí. Después, los viejos enterraron esa historia. Todo el mundo vivió esperando que los italianos volvieran para vengarse. »

II. [1904]

Prefacio ed. 1977 « Indiani jizni ameriky », transcrito (italiano) por Leigheb (*L'ultimo viaggio e la morte (…)*) [Registrado por A.V. Frick, Alto Paraguay, 1904].

« La gente decía que Boggiani quería una mujer. Las mujeres chamacoco no lo querían. Decían que Boggiani era feo. Un amigo quería darle su hermana Ngogoni; pero ella no lo quería. Tampoco Walige lo quería. Boggiani viajaba con los Chamacoco Atsio, Ahugurit, Huguriu, Eebt, Damige e Wagalethe. Viajaban desde hace varias lunas. Cerca de una colina había una cueva y ahí le han asesinado. Esa llanura se llama Udied: es el lugar en el que murió. Le habian preparado comida: Boggiani la comía de una cacerola india. Ha comido y botado lejos la cacerola. ¿Por qué la ha botado lejos? Esto era el colmo de la mala educación (según las costumbres indígenas). Le dieron otra: pero también la ha botado. La gente le limpió otra vez, pero la botó otra vez. Ahora todas las mujeres han huido y solo quedan los hombres.

Todos eran bastante fuertes y Boggiani tomó, preparó y cargó su fusil. Boggiani quería que la gente callara de una vez y que escapara hacía el campo de caraguatás. Boggiani tomo del antebrazo a un hombre de nombre Tsaicua y lo golpeó. No tenían nada que reprochar al Boggiani, nunca les había hecho ningún mal.

Luego Boggiani huyó corriendo hacia la colina. Se escapó hacia la colina. Lo han seguido. Un viejo de nombre Saarepe le ha cortado el camino y le ha golpeado en la cabeza con un hacha de piedra. La gente le ha quitado la ropa, y razgándola se la ha dado a los niños para que jueguen.

Tenían miedo de las medicinas así que las habían enterrado. Debido a los poderes mágicos de Boggiani, había muerto ya mucha gente.

Caía una lluvia espesa y el río Netrahit estaba crecido. El Kurumro ha matado al indio Karrò. Fiepe ha matado a Saarepe. Todos se habían dado a la fuga y se habían ido a comer mandioca. Tsaicua quedó vivo.

El cadáver de Boggiani fue encontrado por un cierto Gavilán, que era su siervo y cocinero. Ha enterrado su cuerpo en el campo. La fosa fue abierta otra vez por Epit con su machete. Gavilan tenía un gran machete y hacía guardia junto al cadáver. La gente tenía miedo: solo Wagalethe quería ayudar a Boggiani. Había dejado su fuego y había vuelto para salvarlo. Pero la gente lo detenía y lo amenazaba con flechas. Todas las mujeres gritaban. Aunque Tese me dijo que la hermana de Tuglin, Waicmo, no quería ser la mujer de Boggini. ¿Por qué Boggiani de pronto quería una mujer? Diez días despues le cortaron la cabeza y no sé dónde la han escondido. »

III. [1902d]

J.F. Cancio, « *Informe Cancio* » in Leigheb (*L'ultimo viaggio e la morte (…)*) [relato : Luciano]

« Junto a aquella zona, Boggiani había sido abordado amigablemente por los chamacoco y el se había quedado un tiempo, cerca de dos meses y medio. Había comprado hamaca, hacha de piedra, lanzas, arcos, flechas y ornamentos de pluma y hecho muchos regalos. Los Chamacoco le habían ofrecido comida, tortugas, peces, pan de algarrobo. Para que les abriera camino en la selva con los machetes, les había pagado con trozos de tela. Aunque lo querían bien, durante una partida de caza tres Chamacoco lo habían asesinado a traición para robarle caballos, las armas y todo lo que tenía.

Gavilán no había podido acudir en su ayuda porque a su vez había sido golpeado y asesinado mientras estaba comiendo al lado del fuego.

Despues, los Chamacoco se habían repartido sus objetos y sus papeles, con los que habían hecho estopillas para cargar el fusil. Con las placas fotográficas no sabían qué hacer: parte las habían conservado y en parte

las habían tirado o enterrado. Despues de haber matado a Boggiani y a Gavilán les habían quitado todas las ropas pero por miedo no lo habían enterrado. Cuando los cuervos se fueron comiendo el cadáver de Gavilán habían decidido enterrar sus restos en una pequeña fodsa. El cuerpo de Boggiani, sin embargo, no había sido enterrado puesto que el explorador se había unido a una mujer que un indio quería para sí. Los caballos se habían fugado lejos. »

IV. [1902 c]

Ibid.

« Boggiani se había unido con una mujer indígena. Los feroces Barbudos lo han sorprendido mientras estaba acostado con ella en la hamaca: le han golpeado en la cabeza con un mazo y lo mataron mientras buscaba salir del mosquitero.

Aunque Gavilán estaba con una India, había logrado ponerse a salvo porque se había escondido con ella en el campamento del jefe Dugré, a esperar las lluvias. No había emprendido el viaje probablemente porque su mujer así no lo quería. Los restos de Boggiani fueron enterrados por los Chamacoco con todos sus objetos personales a excepción de los que tomó Gavilán. »

V. [1902 b]

Ibid.

« Hace tiempo atrás dos extranjeros se instalaron cerca de un torrente. Fueron rodeados y asesinados por los indios barbudos. »

VI. [1902 a]

Ibid.

« Se había quedado varios días cerca de una laguna, pero luego fue asesinado por los indios Barbudos. »